

OBEDIENCIA Y DISCERNIMIENTO

Francisco López Rivera, S.J.
Centro Ignaciano de Espiritualidad
Guadalajara, México

Discernimiento espiritual de la voluntad de Dios

Hablar de obediencia es hablar de buscar la voluntad de Dios para cumplirla. Por lo tanto nos remite al Principio y Fundamento de los Ejercicios, en el cual Ignacio expresa la voluntad fundamental, global, de Dios: *alabar, hacer reverencia y servir a Dios nuestro Señor y, mediante esto, salvar su ánima* (EE. 23), o sea, que el ser humano reconozca a Dios como Dios, lo alabe por ello y cumpla su voluntad. Así encontrará la salvación para la cual fue creado.

Y todo esto, porque Dios tiene un Proyecto para la humanidad, que incluye obviamente un proyecto para la creación: *Y las otras cosas sobre la faz de la tierra son criadas para el hombre, y para que le ayuden en la prosecución del fin para que es criado*. El proyecto de Dios es un Proyecto de Vida: *para que tengan vida, y la tengan en abundancia* (Jn 10,10). O, en palabras de S. Ireneo, *Gloria Dei, vivens homo, vita autem hominis, visio Dei*: "La gloria de Dios es el hombre viviente, la vida del hombre es la visión (manifestación) de Dios" (*Adversus haereses 4, 20, 7*). *Y esta es la vida eterna: que te conozcan a ti, el único Dios verdadero, y a Jesucristo, a quien has enviado* (Jn 17,3).

Esta es la *pobreza espiritual* de la cual habla Ignacio en los ejercicios (n. 98). Es la actitud fundamental de reconocimiento de Dios como Dios y de aceptación de su voluntad en nuestras vidas. Esta pobreza debe estar a la base de cualquier decisión en nuestra vida cristiana, es el despojo total de nosotros mismos para contribuir, colaborando con Dios, a que el ser humano *tenga vida y la tenga en*

abundancia. Pero como ese Proyecto de Dios no tiene otra fuente sino su amor, es claro que la voluntad fundamental de Dios es que su amor hacia nosotros se haga una realidad en nuestra vida personal y social. Así pues, la obediencia consiste en buscar continuamente esa voluntad de Dios para colaborar, por amor, con su Proyecto de vida.

Como sabemos, la voluntad de Dios tiene dos vertientes. De una parte, está lo que es necesario para alcanzar a Dios y que toca a todo ser

*así pues, la obediencia consiste
en buscar continuamente
esa voluntad de Dios
para colaborar, por amor,
con su Proyecto de vida*

humano, como se expresa en los mandamientos, los cuales tienen el sentido de preservar la vida humana, no de someterla tiránicamente. De otra parte, está lo que Dios ofrece o pide a cada uno en particular para que colabore con su Proyecto de vida, en su vida concreta, con su bagaje personal, histórico, cultural.

Esta manifestación de la voluntad de Dios es infinitamente multiforme como es infinitamente multiforme la historia de la humanidad y aun la de cada ser humano en particular.

Esta voluntad de Dios solamente se puede captar en una escucha atenta y cotidiana del Espíritu que nos comunica esas invitaciones, sugerencias y peticiones de Dios: *El viento sopla donde quiere, y oyes su sonido, pero no sabes de dónde viene ni adónde va; así es todo aquel que es nacido del Espíritu* (Jn 3,8). *Aún tengo muchas cosas que deciros, pero ahora no las podéis soportar. Pero cuando Él, el Espíritu de verdad, venga, os guiará a toda la verdad, porque no hablará por su propia cuenta, sino que hablará todo lo que oiga, y os hará saber lo que habrá de venir. Él me glorificará, porque tomará de lo mío y os lo hará saber* (Jn 16,12-14).

Esa escucha atenta se llama *discernimiento espiritual de la voluntad de Dios*. Como vemos en el Evangelio, Jesús vivió en un continuo discernimiento de la voluntad de su Padre para él en concreto, en el marco del Proyecto de su Padre para toda la humanidad, que Jesús llamaba con la expresión *Reino de Dios*. Jesús vivió siempre atento a las llamadas del Espíritu, discerniendo la voluntad de su Padre para cumplirla: *Jesús, lleno del Espíritu Santo, volvió del Jordán y fue llevado por el Espíritu en el desierto* (Lc 4,1). Y más de una vez tuvo que aceptar esas llamadas, en

contra de sus propios sentimientos y de las presiones de los demás: *Abora mi alma se ha angustiado; y ¿qué diré: "Padre, sálvame de esta hora"? Pero para esto he llegado a esta hora. Padre, glorifica tu nombre* (Jn 12,27-28).

No hay otra manera de conocer esa voluntad concreta de Dios en nuestras vidas, sino el discernimiento espiritual. Y, sin embargo, ese conocimiento no es infalible. El discernimiento nos lleva a certezas morales, "espirituales", más o menos fuertes, pero nunca infalibles. Ignacio, hablando de "las iluminaciones del Cardoner" afirma que *muchas veces ha pensado consigo (el peregrino): si no hubiese Escritura que nos enseñase estas cosas de la fe, él se determinaría a morir por ellas, solamente por lo que ha visto* (Aut. 29). Sin embargo, Ignacio sabía perfectamente que esa persuasión profunda era una confirmación de la fe, no un conocimiento iluminado de la misma. Y, como sabemos, valoró siempre en gran manera la consulta espiritual con su confesor o con personas que lo pudieran ayudar espiritualmente. E insiste en el papel de guía que tiene el que acompaña una persona durante los Ejercicios espirituales.

Así que el discernimiento que realiza el que obedece, para encontrar la voluntad de Dios, lo lleva de aproximación en aproximación, sin darle de una vez para siempre la verdad completa. Esa la tendrá el cristiano cuando pase de la visión de Dios en este mundo (siguiendo a Ireneo), a la visión plena de Dios al final de la vida terrena.

Precisamente porque el cristiano individual nunca puede estar seguro de haber llegado a conocer la voluntad de Dios con absoluta certeza, debe siempre conferir sus experiencias espirituales, a partir de las cuales realiza su discernimiento, con la comunidad eclesial. Así obró Pablo, a pesar de que como Ignacio, había recibido grandes iluminaciones de parte de Dios. Dice, en efecto: *Entonces, después de catorce años, subí otra vez a Jerusalén con Bernabé, llevando también a Tito. Subí por causa de una revelación y les presenté el evangelio que predico entre los gentiles, pero lo hice en privado a los que tenían alta reputación, para cerciorarme de que no corría ni había corrido en vano* (Gal 2,1-2). Hay diversas maneras de confrontarse con la comunidad eclesial. Una manera privilegiada, la que menciona Pablo, es la de acudir a quienes han recibido un especial carisma de discernimiento y gobierno en la Iglesia; en el caso de Pablo, *Santiago, Pedro y Juan, que eran considerados como columnas* (Gal 2,9). Más arriba hemos mencionado algunas de esas maneras utilizadas por Ignacio.

OBEDIENCIA Y DISCERNIMIENTO

Además de la prueba de la aceptación eclesial, está la prueba de los frutos, que es decisiva, si bien generalmente requiere el paso del tiempo para ser aquilatada: *Por sus frutos los conoceréis* (Mt 7,16-20). Los frutos posteriores de la vida de Ignacio han confirmado plenamente la autenticidad de sus experiencias espirituales y de su discernimiento. Según Laínez, Ignacio, en la experiencia del Cardoner, “comenzó a discernir y probar los espíritus buenos y malos”. Así será siempre el diálogo de la obediencia para hallar la voluntad de Dios y cumplirla: hay que abrirse profundamente a los movimientos del Espíritu de Dios; hay que poner en práctica lo captado en esos movimientos; hay que corregir el rumbo, si nuevos movimientos, a la luz de nuevas circunstancias, piden hacerlo, siempre para realizar la voluntad de Dios. Javier Melloni sintetiza los frutos mencionados en cuatro conceptos: *lucidez* (en las cosas de Dios), *unificación* (de la persona), *descentramiento* (salir hacia los demás), *perdurabilidad* (perseverancia).¹

En la Compañía de Jesús

Hablábamos de la necesidad de conferir los propios movimientos espirituales con la comunidad eclesial, para caminar con seguridad. Pues bien, para el jesuita (como para todo religioso y religiosa), una mediación privilegiada en esa búsqueda es el superior. El superior contribuye al discernimiento común de la voluntad de Dios, a partir del encargo que ha recibido, de gobernar con un gobierno espiritual. Con el encargo viene el carisma. Es obvio que el servicio de gobierno que ejerce un superior no se limita a los aspectos administrativos y prácticos. El servicio fundamental del superior es el de acompañar a sus hermanos en la búsqueda común de la voluntad de Dios, hecha misión, sea colectiva, sea individual.

Por eso es tan importante la cuenta de conciencia, para que el superior pueda captar mejor la voluntad de Dios, junto con el jesuita, no solamente en el terreno colectivo, sino también en el terreno individual. Conociendo mejor al jesuita, es claro que el superior está más capacitado para concretizarle la misión en forma más acertada. Todo buen discernimiento empieza por el conocimiento adecuado de la realidad. Un discernimiento que parta de una captación deformada de la realidad, por cualquier causa, está condenado al fracaso. En este caso, sufrirán, tanto la persona del jesuita, como el servicio común de la Compañía de Jesús.

En este contexto se realiza el diálogo de la obediencia. El discernimiento del superior dialoga con el del jesuita, en una búsqueda común, abierta y sincera. Todos son llamados a obedecer a la voluntad de Dios. Pero, como ya decíamos, el superior constituye una mediación especial en esa búsqueda. Esta es una tradición eclesial aceptada y sancionada formalmente por la Iglesia, que de hecho ha probado su eficacia por sus frutos. Según las diversas tradiciones o carismas de los diversos tipos de vida religiosa, esta tradición se concretiza en formas diversas.² Para el jesuita se concretiza en cuanto que al final del diálogo del discernimiento, el superior ejerce su función mediadora tomando la decisión.

También resulta de lo dicho que el superior deberá involucrarse de verdad en el discernimiento, para hacer de este una actividad real, sincera, no meramente formal o aparente. Lo cual no impide que, tanto el superior como el que obedece, puedan tener opiniones o inclinaciones diversas sobre el asunto. Lo importante es que se realice un auténtico proceso de discernimiento. Recordemos la postura de Ignacio, a propósito del cardenalato de Francisco de Borja³

En carta dirigida al mismo Francisco de Borja el 5 de junio de 1552, Ignacio se muestra, a la vez muy empeñoso y muy humilde, en buscar la voluntad de Dios sobre el asunto.⁴ Su inclinación primera es de oponerse: *tuve este asenso o espíritu de estorbar*. Sin embargo, Ignacio no ve con claridad y pide misas y oraciones para que Dios le aclare su voluntad: *no leyendo cierto de la voluntad divina, por muchas razones que de una parte y de otra me venían, di orden en casa que todos los sacerdotes celebrasen y los laicos todos hiciesen oración por tres días, para que en todo fuese guiado a mayor gloria divina*. Por fin, después de un período de agitación de espíritus, dice Ignacio que *finalmente en el tercero día yo me hallé en la solita oración, y después acá con juicio tan pleno y con una voluntad tan suave y tan libre para estorbar, lo que en mí fuese, delante del Papa y cardenales, que si no lo hiciera, yo tuviera y tengo para mí por cosa cierta, que a Dios nuestro Señor no daría buena cuenta de mí, antes enteramente mala*. Ignacio llega, pues, a una certeza espiritual de que Dios le pide oponerse.

el discernimiento del superior dialoga con el del jesuita, en una búsqueda común, abierta y sincera

OBEDIENCIA Y DISCERNIMIENTO

Sin embargo, Ignacio aceptaría, obviamente, la decisión que tomara el Papa. Afirma que tanto su propia oposición, como la posible decisión contraria del Papa, no implican una contradicción, y da para ello un motivo fundamental para nuestro discernimiento, sea al interior de la Compañía de Jesús, sea en los asuntos eclesiales. *No había contradicción alguna, pudiendo ser el mismo espíritu divino moverme a mí a esto por unas razones y a otros por el contrario... haga Dios nuestro Señor en todo como sea siempre su mayor alabanza y gloria.* Sin embargo, Ignacio, mostrando una total apertura al Espíritu, pide a Borja que le manifieste su intención en el asunto, *declarando la intención y voluntad que Dios nuestro Señor os ha dado y os diere...* Pero, a fin de cuentas, la intención es clara: *dejando el todo a Dios nuestro Señor para que en todas nuestras cosas cumpla su santísima voluntad.*

Es ilustrativo ver en este caso que Ignacio nos da un ejemplo vivo de cómo se deben conducir a la vez el que obedece y el que manda. En cuanto superior de la Compañía, él tiene una postura clara sobre el cardenalato de Borja y considera su obligación llevarla adelante. En cuanto miembro de la Iglesia, asumirá la decisión final de quien tiene la autoridad en el caso, o sea el Papa. Entra en el mar de la agitación de espíritus y en él pone los medios para salir de la perplejidad.

Por otra parte, es muy importante señalar cómo Ignacio vive este proceso de búsqueda con una radical actitud de fe. Obviamente, utiliza su inteligencia, analiza, pondera, pero lo hace en un clima de fe, abierto a lo que Dios quiera mostrarle. Por ello pide a los compañeros el apoyo de la oración. Ciertamente, no se trataba de “hacer rezos” como esperando un efecto automático y mágico. Ignacio desea ser ilustrado por el Espíritu, “para que en todo fuese guiado a mayor gloria divina”. Ignacio, como vemos, también aplica a su propio caso la doctrina de la “representación de la obediencia”.

Condiciones del discernimiento

Esto nos conduce a clarificar las condiciones necesarias para realizar un auténtico discernimiento.

Ante todo, la libertad. Dios quiere a sus hijos libres y así quiere que obedezcan, con libertad. Ignacio deja clara esta necesidad cuando expone el Principio y Fundamento de los Ejercicios: *Por lo qual es menester hacernos*

indiferentes a todas las cosas criadas, en todo lo que es concedido a la libertad de nuestro libre albedrío, y no le está prohibido; en tal manera, que no queramos de nuestra parte más salud que enfermedad, riqueza que pobreza, honor que deshonra, vida larga que corta, y por consiguiente en todo lo demás; solamente deseando y eligiendo lo que más nos conduce para el fin que somos criados (EE 23).

Es verdad que el término “indiferencia” hoy en día no suena muy positivamente y requiere una exégesis para su adecuada comprensión. Por eso es más claro usar los términos, “libertad” y “disponibilidad”. Para uno que acepta profundamente la centralidad de la voluntad de Dios, y tiene como su absoluto a Dios y su Reino (o su Proyecto de vida), resulta “indiferente” un medio u otro, una situación u otra, como punto de partida. Sobre ese “fundamento” se construirá el discernimiento, para llegar a poner en práctica la voluntad de Dios.

Uno de los óbices más frecuentes en la vida para guiarse en el discernimiento son las “afecciones desordenadas”. Otros han explicado con competencia el tema de las afecciones desordenadas⁵. Aquí baste anotar que, en la medida en que están vivas y presentes, las afecciones desordenadas son el opuesto a la libertad de la que hablábamos. A fin de cuentas, nos mantienen encerrados, centrados, en nosotros mismos. Y no se puede servir a dos señores: o se sirve a Dios y a su Proyecto de vida, o se sirve al propio yo y su proyecto personal: *Ningún siervo puede servir a dos señores, porque o aborrecerá a uno y amará al otro, o se apegará a uno y despreciará al otro. No podéis servir a Dios y a las riquezas* (o las afecciones desordenadas) (Lc 16,13).

Afecciones desordenadas, caldo de cultivo para la desolación

Es clarísimo el principio ignaciano sobre la necesidad del descentramiento de uno mismo para poder discernir la voluntad de Dios: *Piense cada uno que tanto se aprovechará en todas cosas espirituales, quanto saliere de su proprio amor, querer y interesse* (EE 189). *Y hay que exhortarles con frecuencia a buscar en todas cosas a Dios nuestro Señor, apartando, quanto es posible, de sí el amor de todas las criaturas para ponerlo en su Criador, a Él en todas amando y a todas en Él, conforme a su santísima y divina voluntad* (Const. 288). Recordemos la afirmación de la CG 32, sobre la relación entre la libertad personal y la libertad de los demás (jesuitas):

“Nuestra actitud básica ante la libertad personal sea pensar que la libertad se perfecciona en el ejercicio del amor” (D. 11,16).

Por otro lado, partiendo de otro principio ignaciano según el cual hemos de buscar la consolación y la paz para nuestras decisiones y no hemos de tomar decisiones en tiempo de desolación, es bueno tomar en cuenta que nuestras afecciones desordenadas son un perfecto caldo de

el discernimiento que nos lleva a la obediencia no se puede reducir a una actividad meramente racional o especulativa

cultivo para la desolación. Así pues, para un buen discernimiento en obediencia a la voluntad de Dios, es muy importante purificar el corazón de dichas afecciones. El diálogo entre el superior y quien obedece, debe estar lo más libre posible de ellas. Ignacio considera que el superior general no se debe dejar llevar de sus pasiones, sino que debe buscar en todo el bien de sus hermanos y el servicio del pueblo de

Dios: *Debe también estar libre de todos los afectos desordenados, teniéndolos dominados y mortificados, para que interiormente no le perturben el juicio ni la razón* (Const. 726). Esto vale, obviamente, para todos los superiores. Y no sólo para los superiores, sino para todo jesuita que quiera de veras buscar y hallar la voluntad de Dios.

En realidad, subordinar a Dios y su proyecto a cualquiera otra realidad que no sea el mismo Dios, es una forma de idolatría. El absoluto del cristiano es Dios y su Proyecto de vida; tener otro absoluto es crearse un ídolo. Esto es lo que menciona Oseas cuando pone en boca del pueblo de Israel arrepentido estas conocidas y profundas palabras: *Asiria no nos salvará, no montaremos a caballo, y nunca más diremos: “Dios nuestro” a la obra de nuestras manos, pues en ti el huérfano halla misericordia* (Os 14,3).

El discernimiento que nos lleva a la obediencia no se puede reducir a una actividad meramente racional o especulativa. Nadal, como sabemos, hablaba de tres actitudes con las cuales hay que tratar “las cosas de la Compañía de Jesús”, a saber, *Spiritu, corde, practice. Spiritu*: “Por (muchas) maneras (no siempre por inmediatas revelaciones) se nos comunica Dios, y es el principio de todo; y desta manera hemos de considerar que somos movidos y regidos por El”. Dios, pues, al centro y al fondo de la vida de la Compañía. *Corde*: No especulativamente. No basta el entendimiento, tienen

que entrar en juego, la voluntad, el gusto, la devoción, la temura, el afecto, la consolación. “¿Qué sería un hombre con solo el entendimiento? Un monstruo.” *Practice*: “Que obréis conforme a lo que entendéis y amáis, que os rigáis por eso. Lo que se os platica no sólo es para que os parezca bien y gustéis dello, sino para que juntamente lo pongáis por obra y en ejecución”.⁶

Mucho menos se puede reducir a una ideología, sea esta de carácter psicológico, o filosófico, o sociológico, o incluso teológico. Una de las cosas que más impiden el verdadero discernimiento de la obediencia, es la ideología. El discernimiento no es una reflexión en la cual se sacan conclusiones de premisas previamente establecidas, incuestionables e incuestionadas, que además se suelen imponer a los demás arbitrariamente. Esa actitud previa simplemente mata el discernimiento. Si cualquier jesuita, sea el superior, sea el que obedece – individuo o comunidad –, se pertrechan en las ideologías, el discernimiento es simplemente imposible.

Quien ya sabe de antemano lo que el Espíritu debe decirle, las conclusiones y decisiones a las que el mismo Espíritu debe conducirlo, no necesita (o mejor, no puede) hacer discernimiento. Por eso Nadal dirá de Ignacio que *Singulari animi modestia ducentem Spiritum sequebatur, non praeibat*.⁷ “Con singular modestia seguía al Espíritu que lo guiaba, no se le adelantaba”. Sabemos que la materia fundamental del discernimiento que se hace durante los Ejercicios son las “mociones”, aunque también se haya de aplicar el razonamiento, sobre todo por parte del acompañante de los Ejercicios. Por lo ya dicho, el discernimiento tampoco se puede reducir a una mera praxis. Es para la praxis, no es la pura praxis. Se ha dicho que una buena praxis se basa en una buena teoría. Ahora bien, para el jesuita, una buena praxis (misión) viene de una buena iluminación del Espíritu, *sentida y gustada internamente* (EE 2).

Ignacio realiza su discernimiento en un ambiente de gran cercanía con la Trinidad. Está lejos de reducirlo a una actividad fundamentalmente especulativa o administrativa. Es en el diálogo profundo con Dios como Ignacio capta su voluntad. Y sabemos, como el mismo Ignacio nos deja ver en su *Diario espiritual*, que su discernimiento no siempre era fácil. Ignacio aprende (¡el Ignacio ya maduro sigue aprendiendo!) que el centro de su vida, y de sus propias decisiones, así como de la vida de la Compañía y de su misión, es hacer la voluntad de Dios. Y esa voluntad de Dios tiene que ver con el servicio a la Iglesia y a la humanidad. Es un discernimiento que, partiendo de la mayor profundidad mística, se dirige al servicio por amor, característico de la espiritualidad ignaciana.

Aun en estas profundidades (o alturas, como se quiera decir), Ignacio debe estar en guardia contra las afecciones desordenadas. El don de lágrimas del que gozó Ignacio podría constituir una afección desordenada, Ignacio lo sabe. Y él mismo concluye que las lágrimas no son necesarias, ni convenientes, para todo el mundo. En su caso personal, las relativiza y las subordina a la *humildad amorosa* y al ejercicio de la caridad. Llega a la conclusión de que lo único importante, en definitiva, es hacer la voluntad de Dios. *En todos estos tiempos antes de la misa, en ella y después della, era en mí un pensamiento que penetraba dentro del ánimo, con cuánta reverencia y acatamiento yendo a la misa debía nombrar a Dios nuestro Señor, etcétera, y no buscar lágrimas, mas este acatamiento y reverencia* (Diario, 14 marzo). El “acatamiento y reverencia”, así como la “humildad amorosa” tienen por objeto el cumplimiento de la voluntad de Dios.

la comunidad también debe jugar un importante papel en el discernimiento

Me permito citar ampliamente al mismo Ignacio, el cual expresa su total disposición a buscar y cumplir la voluntad de Dios, con lágrimas o sin ellas:

“Después en capilla, en oración <mucho> suave y quieta me parecía comenzando la devoción a terminar en la san-tísima Trinidad, me llevaba a terminar aun a otra parte, como al Padre, de modo que sentía en mí querérseme comunicar en diversas partes; a tanto que, adrezando el altar, y con un sentir y hablar decía: *Dónde me queréis, Señor, llevar, y esto multiplicando muchas veces, <me parecía que era guiado>, y me crecía mucha devoción, tirando a lacrimar.*”

“Después a la oración para vestirme con muchas mociones y lagrimas *ofreciendo me guiase y me llevase, etc., en estos pasos, estando sobre mí, dónde me llevaría.*”

“Después de vestido, no sabiendo por dónde comenzar, y después tornando a Jesús por guía, y apropiando las oraciones a cada uno, pasé hasta tercia parte de la misa con *asaz* asistencia de gracia y devoción calorosa, y *asaz* satisfacción del ánimo, sin lágrimas, ni, *creo así*, deseo desordenado de haberlas, contentándome con la voluntad del Señor; *tamen decía, voltándome a Jesús: Señor, dónde voy o dónde, etc.; siguiéndolos, mi Señor, yo no me podré perder.*” (Diario espiritual, miércoles 5 marzo).”

Por lo tanto, mientras más místico sea el jesuita, mejor preparado estará para el discernimiento y mejor podrá realizar, sea con el superior o con la comunidad, el diálogo de la obediencia. Porque la comunidad también debe jugar un importante papel en el discernimiento para la obediencia, según las circunstancias. La CG 35 dice: “No sería completo considerar que la práctica de la obediencia se limita a la relación entre el superior y el jesuita. La comunidad también tiene un papel que desempeñar... De este modo, nuestra misión se verá reforzada y la unión de mentes y corazones será más firme y más profunda” (D. 4, *La obediencia en la vida de la Compañía de Jesús*, n. 28).

Volviendo al aspecto místico, dice Ignacio de sí mismo: *Y así le quedó una actuación de contemplación y unión con Dios, que sentía devoción en todas las cosas y en todas partes muy fácilmente* (FN II). Polanco, en carta escrita por encargo de Ignacio, tranquiliza al P. Nicolás Floris, inquieto por no sentir en sí mismo el don de lágrimas, diciéndole que esos dones, cuando existen, no son lo esencial, y cuando no existen, no son necesarios para ser buen cristiano y jesuita. Lo esencial es el amor al prójimo y el empeño por ayudarlo. Los que, por concesión de Dios, tienen algún don extraordinario, *no por eso tienen mayor caridad, ni son más eficaces que otros que no tienen tales lágrimas* (Carta 22 noviembre 1553, BAC n. 102).

Raíces místicas de la obediencia según la CG 35.

Llama la atención el énfasis que pone la CG 35 en el aspecto de la mística de la obediencia. Remite la experiencia de la obediencia y su ejercicio a la experiencia de los Ejercicios Espirituales. Afirma que el “amor apasionado a Jesucristo” debe encarnarse en la obediencia concreta y ser su fundamento (n. 8). Invita al jesuita a vivir la mística del tercer grado de humildad en el ejercicio de la obediencia (n. 9). Sólo así la obediencia será mucho más que una simple disposición de disciplina y orden, encaminada a la eficacia del trabajo. Sólo así se podrá vivir la obediencia “como libertad y verdadera autorrealización” (n. 17). Los formadores deberán “ayudar a los jesuitas en formación a comprender y vivir las raíces místicas de la obediencia: un amor incondicional al Señor” (n. 38).

Como dice Nadal que la gracia que recibió Ignacio es una gracia para toda la Compañía, se sigue que todo jesuita está llamado a *sentir devoción en todas las cosas y en todas partes muy fácilmente*, y por lo

tanto cuenta con la promesa de dicha gracia. Es obvio que, si se dan estas condiciones, el diálogo de la obediencia resultará mucho más robusto y eficaz para la misión.

Todo lo anterior no implica que el diálogo de la obediencia, en clima de discernimiento, sea siempre fácil. Aun supuesta la buena voluntad del superior y de los compañeros, más de una vez este diálogo resultará difícil. Si, desgraciadamente, esa buena voluntad no existe, dicho diálogo resultará imposible y causará mucho dolor personal y daño al servicio que el jesuita debe al Pueblo de Dios. En los casos difíciles, el jesuita, al modo de Ignacio, no tiene otra posibilidad que la de ir al fondo de su fe en el Señor, hecha una profunda relación de amor, que lo impulse al servicio generoso y desinteresado, (*una*) *fe que actúa por el amor* (Gal 5,6).

*muchas veces al jesuita
no le quedará otra posibilidad
que la de permanecer
en un silencio de fe
al tiempo que obedece*

En este contexto es donde Ignacio sitúa la exigencia de buscar la obediencia de entendimiento, el buscar más razones para apoyar lo que el superior decide, que para contradecirlo. (*Oyendo*) *su voz como si de Cristo nuestro Señor procediese, pues en su lugar y por su amor y reverencia la queremos cumplir* (Const. 547). Y muchas veces al jesuita no le quedará otra posibilidad que la de permanecer en un silencio de fe al tiempo que obedece. Sin esta profunda

experiencia de fe y sin esta relación de amor personal al Padre, al Hijo, al Espíritu, la obediencia resultará siempre pesada, confrontadora e insatisfactoria. Eso repercutirá negativamente en el discernimiento y, por lo tanto, en la misión.

Por otra parte, el jesuita debe ser responsable de lo que pide o propone a la Compañía, o sea, debe llevar sus peticiones o propuestas previamente discernidas. No es una obediencia discerniente la del jesuita que deja totalmente la responsabilidad de la decisión en el superior y se ahorra la obligación de discernir antes él mismo. Esto de ninguna manera es contrario a la total disponibilidad a lo que la Compañía le pida. Esta obediencia responsable que discierne, no implica en ninguna forma una actitud de ejercer presión sobre el superior.

Según Gonçalves da Camara, Ignacio estimaba especialmente la actitud del jesuita que se mostraba abierto y dispuesto a todo lo que la

Compañía le pidiera. Y, comenta Gonçalves da Camara que en esos casos Ignacio era muy abierto en el diálogo de la obediencia. La confianza que debe campear en dicho diálogo es mutua. Según Gonçalves da Camara, el mismo Ignacio decía lo siguiente: *Yo deseo mucho en todos una general indiferencia, etc.; y así, presupuesta la obediencia y abnegación de su parte del súbdito, yo me tengo hallado mucho bien de seguir las inclinaciones* (Memorial, 117).

A este mismo propósito, dice acertadamente la CG 35: *Esta confianza* (del superior al jesuita) *se basa en que el superior considera que el jesuita es alguien que practica el discernimiento... Porque Ignacio conocía y confiaba en el deseo orante de los jesuitas que enviaba en misión, dejaba muchas cosas a su discreción*.⁸

Concluamos diciendo que será una obediencia vivida y practicada en un discernimiento dialogal, la que nos permitirá (*hacer*) *con mucha diligencia, gozo espiritual y perseverancia todo lo que se nos ordenase* (Const. 547). ¡Este es el ideal, no una obediencia llevada a más no poder, como un fardo pesado y odioso! Un discernimiento que lleve a una obediencia gozosa, generosa y abnegada, será el auténtico discernimiento de quien busca la voluntad de Dios, para *en todo amar y servir*.

¹ Voz "Cardoner", en *Diccionario de espiritualidad ignaciana*, vol. I, 283 (Bilbao-Santander, 2007).

² Cf. Michelina Tenace, *Custodi della sapienza. Il servizio dei superiori* (Lipa, 2007), c. 1.

³ Carlos V había pedido al Papa Julio III el cardenalato para Borja. El Papa había accedido. Ignacio, Carlos V había pedido al Papa Julio III el cardenalato para Borja. El Papa había accedido. Ignacio, enterado del asunto, hizo hablar a cuatro cardenales y él mismo explicó al Papa los problemas implicados en esa decisión. Cf. S. Ignacio de Loyola, *Obras* (Madrid: BAC, 1991, 908-909).

⁴ *Ib.*, 908-910.

⁵ Luis M^a García Domínguez, *La afecciones desordenadas. Influjo del subconsciente en la vida espiritual* (Bilbao-Santander, 1992).

⁶ *MHSI*, P. H. Nadal, V, *Commentarii de Instituto*, 226-230.

⁷ *Ib.*, p. 625. Cf. Nota 41, que cita otra frase similar de Nadal: *Noli praeire Spiritum, sed sine ab illo duci ac moderari in veritate, et disce gratiae cooperari*: "No pretendas adelantarte al Espíritu, sino déjate conducir y moderar en la verdad por él, y aprende a cooperar con la gracia".

⁸ Decr. 4, nn. 26-27; cf. Const. 633-635.